

Los muertos: ¿dónde están?

Notas de una meditación de W. W. Fereday

William Wooldridge FEREDAY

biblicom.org

Índice

0 - Prefacio	3
1 - Aprendemos que existe una vida más allá de este mundo	4
2 - Aprendemos que hay una conciencia en el más allá	4
3 - Esta historia nos enseña que existen 2 condiciones distintas y opuestas en el mundo invisible	5
4 - Aprendemos que en el mundo invisible las condiciones son inmutables	5
5 - El único recurso que son las Escrituras para iluminar	6

0 - Prefacio

«El hombre morirá, y será cortado; perecerá el hombre, ¿y dónde estará él?» ([Job 14:10](#)).

Ninguna pregunta podría preocupar más al espíritu humano. Nos afecta a todos muy de cerca, tanto en lo que respecta a nuestros amigos como a nosotros mismos. ¿Quién de nosotros no ha tenido que decir “adiós” a un ser querido? Con el corazón roto, tal vez los hayamos visto partir hacia el más allá y, al comprender que nunca más los volveremos a ver en la tierra, nos preguntamos dónde están. Entonces nos damos cuenta de que estamos aquí solo por un tiempo, que solo estamos de paso en el escenario donde los seres humanos se afanan, y que pronto seguiremos el camino de las generaciones que nos han precedido. Cada cana nos susurra que nuestra estancia aquí es breve.

¿Dónde podemos encontrar luz sobre esta gran cuestión? El hombre es manifiestamente impotente en este asunto. No puede saber absolutamente nada de sí mismo fuera de su entorno actual. Algunos dirán que tienen mucha información sobre el mundo invisible al asistir a sesiones de espiritismo. Dicen que se comunican con los difuntos y que aprenden directamente de ellos la verdad sobre el reino de los espíritus. El diablo nunca ha preparado una ilusión mayor para los hijos de los hombres. No se niega que haya personas que conversan con espíritus, pero no es con los muertos con quienes hablan, sino con demonios que se hacen pasar por ellos. Este terrible pecado es severamente denunciado en [Isaías 8:19-20](#) y en otras partes de la Sagrada Escritura. El Espíritu de Dios pregunta con indignación: «¿No consultará el pueblo a su Dios?» ([Is. 8:19](#)). Solo de Dios, a través de su Palabra, podemos aprender algo fiable sobre el más allá.

En [Lucas 16:19-31](#), tenemos un relato impactante de la boca del Señor Jesucristo. Nos esboza la trayectoria de 2 hombres cuya conducta había observado en la tierra; luego, cuando ambos mueren, levanta el velo y nos los muestra al otro lado, en el más allá. ¿Quién es más competente para declarar las realidades eternas que aquel cuya morada eterna era el seno del Padre y que vino aquí para darlo a conocer? En este relato solemne, les pido que presten especial atención a varias cosas que se enseñan claramente.

1 - Aprendemos que existe una vida más allá de este mundo

Vemos a un rico en el lujo y a un mendigo en la miseria en la tierra, y luego vemos a ambos en otra esfera. La tumba no puso fin a la historia de ninguno de los 2. La muerte no es el fin de la existencia. Hay 3 tipos de muerte relacionados con el hombre pecador: la muerte espiritual, la muerte corporal y la segunda muerte. La *primera* representa la condición moral del hombre, alejado de Dios, como leemos en [Efesios 2:1](#): «muertos en vuestros delitos y pecados»; la *segunda* es la descomposición del cuerpo; y la *tercera* es el lago de fuego. Pero ninguna de ellas significa el fin de la existencia. El hombre espiritualmente muerto está lleno de energía para hacer el mal, «cumpliendo la voluntad de la carne y de los pensamientos» ([Efe. 2:3](#)). El hombre físicamente muerto sigue vivo para Dios, como lo demuestra el pasaje de la zarza ardiente, donde Jehová habla, en presente, de Abraham, Isaac y Jacob, desaparecidos hacía mucho tiempo ([Lucas 20:37-38](#)). Ni siquiera el lago de fuego significa “dejar de existir”, porque cuando el Diablo es arrojado allí 1.000 años después de la Bestia y el falso profeta, encuentra a estos transgresores todavía en ese lugar ([Apoc. 19:20; 20:10](#)). La muerte es una separación. El hombre espiritualmente muerto está moralmente separado de Dios, ningún movimiento de su ser se dirige hacia Él; el hombre físicamente muerto está separado de su cuerpo y de todas las asociaciones relacionadas con él; y el que conoce la segunda muerte está separado de Dios y de todo lo que es bendito para la eternidad.

2 - Aprendemos que hay una conciencia en el más allá

Algunos dicen que los hombres son pasivos hasta la resurrección, e insisten en la palabra “sueño” para apoyar su idea. Pero el «sueño» solo se atribuye al cuerpo en las Escrituras, nunca al alma. Lázaro fue «consolado» ([Lucas 16:25](#)). Era una bienaventuranza consciente. Para él, la mendicidad, las llagas y el hambre habían quedado atrás para siempre. El rico también era consciente. Sufría; y al ver la felicidad de Lázaro, sentía una sensación de pérdida; su memoria estaba activa; y estaba lleno de temor por sus 5 hermanos que aún vivían en la tierra. Algunos pueden objetar que la Biblia dice: «Los muertos nada saben» ([Ec. 9:5](#)). Es cierto, pero ¿cuál es el contexto de este pasaje? Los versículos sacados de contexto pueden utilizarse para

demonstrar cualquier herejía. El autor del Eclesiastés se interesa por las cosas que están «bajo el sol», y es de estas cosas de las que habla cuando dice: «los muertos nada saben». Un hombre que ha sido empresario en la tierra ya no sabe nada, ni de su prosperidad ni de nada, cuando abandona este mundo. Lo mismo ocurre con todos los difuntos en lo que respecta a los asuntos humanos.

3 - Esta historia nos enseña que existen 2 condiciones distintas y opuestas en el mundo invisible

Lázaro estaba en el seno de Abraham; el rico estaba en tormentos. El Señor hablaba desde el punto de vista judío al mencionar «el seno de Abraham» ([Lucas 16:22](#)). Abraham era el padre de la nación judía y el depositario de las promesas; estar bendecido en su compañía era la expectativa y la esperanza de su descendencia. Pero desde el día de [Lucas 16](#), Cristo murió y resucitó, y ascendió como Hombre al cielo en la gloria de Dios. En consecuencia, la bendición de los creyentes dormidos se describe ahora en términos completamente diferentes: «tengo el deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es mucho mejor» ([Fil. 1:23](#)); «mejor ausentarnos del cuerpo y estar presentes con el Señor» ([2 Cor. 5:8](#)). Ni el rico ni Lázaro habían alcanzado aún la condición eterna. El rico estaba en el Hades, aún no en el Gehena; ni él ni Lázaro habían experimentado aún la resurrección. Uno será un hombre completo (espíritu, alma y cuerpo) en el lago de fuego para siempre; el otro, como hombre completo, encontrará su morada eterna en la Casa del Padre. Todo creyente está predestinado a estar con el Hijo único en el cielo y a ser como él.

4 - Aprendemos que en el mundo invisible las condiciones son inmutables

Oímos a Abraham decir: «Entre nosotros y vosotros se interpone un gran abismo, de modo que los que quieran pasar de aquí a vosotros no puedan; ni tampoco [pueden pasar] de allí a nosotros» ([Lucas 16:26](#)). Estas solemnes palabras recuerdan las de [Apocalipsis 22:11](#): «El que es injusto, que sea injusto aún; y el que es inmundo, que sea inmundo aún; y el que es justo, que sea justo aún; y el santo, que se sanctifique aún». Aquí abajo se producen grandes transformaciones; mediante la fe en el

Evangelio, los hombres pasan continuamente «de muerte a vida» ([Juan 5:24](#)); pero una vez cruzada la frontera (la muerte), la condición de cada hombre queda fijada para siempre.

Los teólogos modernos, por su parte, tendrían mucho consuelo que ofrecer a alguien como el rico. Algunos le dirían que Dios, como Padre universal, acabará llevando a todas sus criaturas a la salvación, algunas alcanzando su gloria por la cruz, otras por las llamas del purgatorio. Otra escuela de intérpretes contradiría categóricamente esto y diría que, tras el juicio del gran trono blanco, los perdidos serán aniquilados, borrados de la existencia. Otros propondrían orar por el rico, “en la iglesia”, asegurándole que las oraciones por los muertos son muy eficaces. Pero estas mentiras modernas no eran conocidas ni por Abraham ni por el alma perdida del rico al que se dirigía. No hay ningún atisbo de esperanza en la respuesta de Abraham a la llamada del desdichado.

La pregunta surge de forma natural: ¿qué llevó a este hombre a un destino tan terrible? ¿Era uno de los más viles de la humanidad, del que el Creador hubiera hecho un ejemplo particular? No se menciona nada de eso. No se le reprocha la embriaguez, el adulterio, la blasfemia ni la violación del sábado. Entonces, ¿qué causó su ruina? El simple hecho de que vivía completamente para el presente. Estaba tan favorecido por los bienes de este mundo que se dedicaba por completo a disfrutarlos, olvidándose por completo de Dios y de su alma. Era más negligente que rebelde. Hay miles como él en nuestros días. Queridos amigos, sean quienes sean, recuerden esto: para asegurarse de ir a la Gehena, no tienen que tomar los mandamientos de Dios y violarlos sistemáticamente uno por uno; basta con que sigan descuidando a Dios y a su Hijo, y, aunque sus vidas sean morales y decentes, estarán perdidos para siempre. «¿Cómo escaparemos nosotros, si despreciamos una salvación tan grande?» ([Hebr. 2:3](#)). Los tímidos y los incrédulos acabarán junto a los asesinos, los fornicarios, los idólatras y otros en el lago de fuego ([Apoc. 21:8](#)).

5 - El único recurso que son las Escrituras para iluminar

De esta solemne historia aprendemos otra cosa: nuestro único recurso es la Escritura. En respuesta a su súplica de que Lázaro fuera enviado a sus hermanos vivos, el rico recibió esta respuesta: «Tienen a Moisés y a los Profetas; que los escuchen» (v.

29), lo que significa, por supuesto, los Escritos Sagrados. Ahí es donde se expone la culpa humana en toda su naturaleza pecaminosa; ahí es también donde se declara el amor de Dios, manifestado en el don de su Hijo único. El perdón y la justificación, completos y gratuitos, se exponen y se ofrecen claramente en el Evangelio a todos los que creen en el Hijo de Dios. Algunos de nuestros contemporáneos son peores que el rico, en el sentido de que se burlan de la idea de que Moisés y los profetas sean los verdaderos autores de los libros que llevan sus nombres. A sus ojos ciegos, Moisés y Abraham nunca existieron. El hombre de [Lucas 16](#) no era tan infiel. Su único pensamiento era que, si ocurría algo sorprendente, como el envío de Lázaro desde el mundo invisible, sus hermanos se arrepentirían. ¡Ay, pobre corazón humano! Cuando poco después el Señor Jesús resucitó realmente de entre los muertos a un hombre que llevaba el mismo nombre, «Lázaro», los que rodeaban a este último se indignaron aún más contra Él ([Juan 12:10-11](#)). No se arrepintieron. Solo la Palabra de Dios, aceptada en la obediencia de la fe, puede producir «arrepentimiento para con Dios y la fe en nuestro Señor Jesús» ([Hec. 20:21](#)).

«Dios demuestra su amor hacia nosotros en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» ([Rom. 5:8](#)).

«Porque no quiero la muerte del que muere, dice Jehová el Señor; convertíos, pues, y viviréis» ([Ez. 18:32](#)).

«Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana» ([Is. 1:18](#)).